

Artículo : El arte en la educación primaria

JUAN BERLÍN LA IMPORTANCIA DEL ARTE EN LA EDUCACION PRIMARIA

Conferencia pronunciada el 06 de junio de 1973 con motivo del XXX aniversario de la Escuela Normal de Especialización. Estimadas maestras y maestros:

El tema de mi charla de hoy, aunque indudablemente simpático, suena modesto, aunque, en verdad, es ambicioso: quiero nada menos que poner en evidencia que el futuro, no sólo de México, sino de la humanidad, depende de que en las escuelas primarias se dé cabida a la educación artística. En nuestras primarias de hoy, educamos a los protagonistas del principio del siglo XXI, y depende de nosotros el que ellos, que van a regir los destinos de México dentro de unos 30 ó 40 años, sean robots superinteligentes, sin alma ni escrúpulos, o individuos que tomen sus decisiones y actúen con base en la plenitud de su condición humana. Al referirme al arte en la escuela, hemos de distinguir entre las actividades artísticas que, por fortuna, ya existen en la mayoría de ellas, y la actitud o atmosfera artística que debe prevalecer en el aula a toda hora y en todas las clases. Por muy loables que sean las de canto, baile y dibujo, por ejemplo, no son suficientes para resolver el problema, por esta razón, no me voy a ocupar de ellas en esta platica sino marginalmente. Mi tesis es más bien: no basta enseñar arte; hemos de enseñar con arte, es decir, con actitud artística y dentro de un ambiente artístico. Semejante educación es, desde luego, valiosa en todos los niveles de la vida, y de importancia vital y decisiva precisamente en la escuela primaria. ¿Por qué? Existe cierto paralelismo entre la evolución de la conciencia de la humanidad y la del individuo: En tiempos prehistóricos, la conciencia era de tipo mágico-místico; en la Antigüedad y en la Edad Media, era de tipo imaginativo-artístico (piénsese, en particular, en la civilización griega); en la época Moderna, cuyos albores hemos de situar en los siglos XV y XVI, coincidentes para México con la Conquista, la conciencia es de tipo empíricoracionalista. Similarmente, la conciencia del párvulo en edad preescolar es prerracionalista; la del escolar en la primaria es gráfico-artística; y solo de la escuela media y superior en adelante, es decir, después de la pubertad, se impone la conciencia intelectual y lógica, la nuestra propia como adultos. Con demasiada facilidad, nosotros, gente del siglo XX, nos imaginamos que la conciencia y el pensamiento griegos funcionaban igual al nuestro; con similar facilidad, nosotros, los adultos de hoy, esperamos y, de hecho, exigimos que los alumnos de primaria razones y juzguen como

nosotros. Con semejante actitud, pecamos contra la verdadera naturaleza del niño. Aunque a los planeadores de la educación y a los autores de libros de texto les duela, hemos de tener en cuenta que el niño mentalmente sano no va a la escuela en pos de conocimientos, sino en busca de emoción y belleza: no busca clases "interesante", sino clases sugestivas, de esas que se podría llamar "bonitas". Lo que la escuela moderna le entrega al niño es, para él, "piedras en vez de pan"; no cumple su verdadera misión, que es la de suministrarle todos los elementos que ha menester para integrar su futura personalidad, dinámica y así mismo emocionalmente estable. Esto, maestras y maestros, es lo que deben recibir todos los futuros ciudadanos; los alumnos que al terminar la primaria, tiene la suerte de poder pasar a la educación secundaria, recibirán en una segunda fase, como si dijéramos por añadidura, los conocimientos científicos que no es posible que se asimilen antes de la pubertad. Sintetizando: en primaria, más vale personalidad sin ciencia, que ciencia sin personalidad. ¿Cómo se logra? La educación de la personalidad es, básicamente, educación de la emotividad; y para estimular emociones saludables en el niño, no hay mejor recurso que el arte. Detengámonos en ello. La enseñanza que se apoya en este postulado, practica el respeto a la individualidad del niño, pero algo más: no soy tan necio como para abogar por la abolición de la transmisión de conocimientos en la escuela primaria; el niño tiene que asimilar ciertos conocimientos y conceptos; pero inclusive esta transmisión se hace más efectiva si se presentan con técnicas y ropaje artísticos. Así, la enseñanza artísticamente orientada mata dos pájaros de un tiro: contribuye a la forja de la personalidad, y, al mismo tiempo, hace más digeribles los conocimientos académicos. Comentémoslo desde dos aspectos: el de la memoria y el de la fatiga. Primero, y sin meterme en argumentos neurológicos, quiero destacar que la memoria ha de considerarse, básicamente, no como facultad intelectual, sino emotiva. Esta afirmación quizá les sorprenda, pero basta con detenernos en el hecho de que, a las 24 horas de haber leído una plana del periódico, solo recordamos las noticias que, en el momento de haberlas leído, nos produjeron alguna emoción, por ligera que haya sido, grata o desagradable. Lo mismo vale para el aprendizaje: el niño solo retiene aquellos mensajes del maestro que, en el momento de impartirlos, hayan estado acompañados de alguna emoción. (Sería tema de otra conferencia destacar que ningún libro de texto, ninguna pantalla de televisión, ningún otro recurso audiovisual, puede substituir esa influencia personal y personalizada del maestro). La memoria no retiene conceptos, fórmulas, etc., sino imágenes, situaciones, vivencias. Si estudiamos el proceso del acto recordatorio, no tardamos en descubrir que tiene dos aspectos: primero recordar la peculiar situación en que se recibió el conocimiento, así como las emociones que acompañaron a esa recepción; segundo, "reconstruir", al contacto de la imagen recordada, el concepto en cuestión. Los conocimientos que se reciben en

forma emotivamente natural. Quedan adheridos a la sede de la memoria (ya dije que no quiero entrar en consideraciones neurológicas) tan superficialmente como una mojada estampilla sin goma, que se desprende y cae, tan pronto como se evapora el agua. Los conceptos abstractos se olvidan; las situaciones y vivencias que acompañan la adquisición de los conocimientos, son inolvidables y permiten la evocación de los conceptos. El segundo aspecto es el de la fatiga. En forma muy abreviada, prescindiendo de toda fundamentación fisiológica, permítanme decir: toda enseñanza artística engendra emoción, toda emoción implica vibración, toda vibración es ritmo, todo ritmo involucra participación del sistema rítmico del hombre, es decir, de sus funciones respiratorias y circulatorias, y este sistema rítmico tiene la peculiaridad de no cansarse jamás: nuestro corazón y nuestros pulmones trabajan durante 70 años, o los que sean, las 24 horas del día, sin interrupción. Así pues, la enseñanza artísticamente estructurada no se dirige en primer término al cerebro, sino al corazón, y sólo de ahí llega indirectamente al cerebro, con la gran ventaja de que, procediendo de esta manera, el alumno se cansa mucho menos que si la enseñanza fuera dirigida directamente al cerebro, es decir, al entendimiento. Les invito a que, algún día a las 12 horas, observen a los niños que salen de la Escuela Primaria Experimental Waldorf en Iztacalco (una escuela del gobierno, dependiente precisamente de nuestra Dirección General de Educación Especial, que, en plan experimental, está poniendo a prueba lo que estoy explicando), y, a simple vista, se darán cuenta de que su gran mayoría está menos agotada, fatigada, hasta se puede decir rebosante de vitalidad, en comparación con los niños que salen de otras escuelas. Observando el estado de ánimo en que diariamente salen los niños de la escuela, se obtiene a menudo más información sobre la índole y calidad de la enseñanza que recibieron, que a través de las áridas hojas de calificaciones. En lo que antecede, se han comentado algunos de los beneficios inmediatos de la enseñanza artística en el proceso del aprendizaje. Pero los beneficios no se limitan a los años escolares, sino que se proyectan sobre toda la vida ulterior. Ya dije al principio, que los verdaderos resultados de nuestra actual educación, no se observarán hasta principios del siglo XXI. Para darnos cuenta de la magnitud y urgencia de la tarea que hemos de acometer, quiero citar algunas opiniones de un autor suizo (Brotbeck), y que muy bien ilustrarán la situación: "Si la evolución sigue su curso tradicional, la escuela producirá individuos cada vez menos firmes y resueltos, cada vez menos interesados, cada vez más rígidos en su pensar: obstruye la cabal maduración humana; los jóvenes se habrán estancado en una etapa de "pubertad permanente", es decir, no podrán rebasar el nivel psíquico que corresponde de los 14 a 16 años". "Lo que transmite la escuela de hoy, carece de efecto profundo, porque deja en ayunas vastas áreas de la personalidad humana, y los jóvenes llegan a la Universidad subdesarrollados en lo espiritual y se

rebelan, al darse cuenta que la universidad tampoco les suministra lo que la escuela primaria y secundaria debería haberles dado". En efecto, la primaria ha carecido de lo fundamental para estimular vigorosos sentimientos, y sólo a través del sentimiento se llega al niño, no con amonestaciones: el famoso "ya te dije", "que necio eres", "no entiendes razones", no surten efecto alguno. No olvidemos que la actitud del niño no está para entender razones; otras cosas le preocupan y tienen para él mucha mayor importancia y categoría que la de entender las razones del adulto. Y continúa el autor suizo: "En nuestra generación van desvaneciéndose los intereses sociales, artísticos, científicos, religiosos. Ya no se llega a términos con el propio destino, y va en aumento el número de personas que tienen que acudir a psicoanalista o al psiquiatra, porque ya su propia personalidad en subdesarrollo no les ofrece sostén, norma ni patrón." Esos individuos que hoy se refugian en el consultorio de los psiquiatras, son a menudo personas muy inteligentes; poseen muchos conocimientos. No vamos a discutirlos, simplemente decimos que a esos conocimientos les falta la infraestructura emotiva e imaginativa que debiera haberse asentado primero, a saber, en la primaria. En este caso, no se levantarían lo saben, sobre un suelo escurridizo, sino que descansarían sobre un orgánico fundamento sólido. Maestras y maestros: si nos dedicamos en primaria a crear esa infraestructura emotiva e imaginativa, en manera alguna malgastamos nuestros esfuerzos. Quizá, esto suene a teoría, con ser eminentemente práctico. Una pequeña ilustración: en este edificio estamos a unos 8 kilómetros del Zócalo. Supongamos que, de aquí, queremos mandar allí a dos muchachos de 10 años. Les indicamos la ruta a seguir, con los nombres de todas las calles de su recorrido. Uno de los muchachos, el que siempre sacó 10 en lectura, sabe leer los letreros de todas las calles, pero se perderá en aquella esquina en que, por casualidad, falte el letrero. El otro dice: no sé leer, pero conozco el camino, y éste sí llegará al Zócalo. Ese "conocer el camino" es lo que yo llamo "poseer la infraestructura imaginativa." Pero sigamos, la educación artística en la escuela primaria no solamente tiene sus efectos benéficos para el proceso del aprendizaje y la estabilización de la personalidad del adulto, sino que proyecta sus rayos inclusive a la edad madura y a la vejez. En efecto, si nosotros no cultivamos ahora la sensibilidad artística en la primaria, somos responsables de que nuestros hoy alumnos, llegados a viejos en el año de 2030, nos maldiga. La época moderna ha traído consigo un aumento de los ratos de ocio, de la duración promedio de la vida y, en muchos casos, un adelanto de la edad de jubilación. Los futuros ancianos, por falta de otra cosa en que ocuparse y que valga la pena, necesitan poseer en su alma, un álbum de luminosos recuerdos, de luminosas imágenes, imágenes que den valor y optimismo y que permitan a los abuelos mirar con íntima satisfacción las riquezas anímicas que han estado recibiendo a lo largo de su vida, y que, a través de las narraciones de tiempos idos, fluirán hacia

sus nietos. Si descuidamos en la primaria la formación de la infraestructura imaginativa, podemos estar seguros de que a los 20 años de edad se presentará una hipertrofia del intelecto, a los 40 otra hipertrofia de las pretensiones materiales, y a los 60 la última hipertrofia, la del vacío vital. Hemos de darle a la educación primaria una estructura tal, que jóvenes, adultos y ancianos recuerden siempre, con íntima gratitud, los años de aquel periodo, de aquella etapa de la vida que les confirió solidez y aplomo en la conducta, y que depositó en ellos la inamovible convicción: la vida tiene sentido, la vida vale la pena de ser vivida. Lo que les estoy sugiriendo, no es fácil de cumplir: en vez de trabajar hacia éxitos a corto plazo (el próximo examen, la próxima promoción), aspiramos a otro tipo de éxitos, los de largo plazo, que sólo se pondrán en evidencia cabalmente, cuando la mayoría de los aquí presentes ya no ambulemos sobre este planeta.

(En la continuación de esta conferencia - no existe transcripción - el conferenciante trató los temas: "Efecto de la educación artística sobre el alumno" "Significado de la educación artística para el maestro" y "Técnica de la educación artística")

